

LA SANACIÓN POR EL ESPÍRITU

La primera vez que leí este libro en la excelente (siempre) presentación de Acantilado no me molesté en leer las notas del editor alemán a la primera edición. Y no sabía lo que me perdía. A veces te extravías en la gozosa impresión de cautiverio espiritual con que atrapa cada párrafo de Stefan Zweig. La arriesgada visión con la que otea cualquier aspecto espiritual de las criaturas que crecen, merman y desaparecen como espectros propios de otro tiempo que ha expirado, pero sigue dando que hablar en el nuestro, está presente en todos sus libros en distintas gradaciones; pero lo que hace tan peculiar, reconocible y digna de ser amada su voz es la gloriosa empatía que siente hacia todos ellos: desde creadores puros como Haendel o Stendhal, hasta aventureros patrios como el capitán Scott o Vasco Núñez de Balboa, pasando por científicos, empresarios, oradores como Cicerón, charlatanes del espíritu como Mary Baker, «pijos» de época como María Antonieta..., todos ellos son analizados desde una óptica creativa, lógica, kinestésica, ética, moral a veces, intrapersonal, interpersonal: y no son juzgados. En el mismo momento en que se puede entrever (digo como lector, Zweig tiene muy claro lo que hace como escritor) un rarísimo tono de reproche, el autor inmediatamente bucea en las honduras de la personalidad de su personaje y sus detractores y entiende y explica a cada uno de ellos.

En *La sanación por el espíritu* el autor atiende a la evolución de tres grandes personajes que representan la evolución de las ciencias ocupadas del estudio y sanación del espíritu: el mesmerismo, en la persona de Anton Mesmer, la Christian Science alumbrada por Mary Baker-Eddy y el origen del psicoanálisis por Freud.

Mesmer, médico que trató al mismo Mozart por la amistad que tenía con sus padres y que algo debió ver en él cuando financió una ópera escrita por un niño de seis años que ningún teatro quería representar, es tratado con un respeto reverencial por Zweig. Su descubrimiento es erróneo, nos dice Zweig, porque cree que las piedras magnéticas que utiliza crean campos de fuerza electromagnética alrededor de sus pacientes y esto les provoca crisis curativas y por tanto introduce el concepto (en Europa, en Asia esto estaba a la orden del día desde hacía siglos) de sanación de la enfermedad física a través de una práctica en lo esencial mental: por supuesto obtiene las burlas y el descrédito de todo el *stablishment* científico. Poco después se da cuenta de que no son los imanes ni sus dedos humedecidos los que causan las crisis, sino su propia presencia: sus manos, su energía, su sugestión. Él mismo no podrá hacer valer ni se atreverá a defender su descubrimiento, pero otros harán uso de su incansable labor para iniciar las prácticas de hipnosis inducida y con ello abrir el camino al estudio del inconsciente humano.

Como Mesmer era, ante todo, un médico honesto, un hombre admirado en las cortes parisiense y vienesa y mecenas de artistas que acabó sus días en la reclusión y pobreza más absolutas, es fácil sentir simpatía por él y adherirse a Zweig en su empatía.

Pero por quien es más difícil sentir esa simpatía, y ahí es más encomiable todavía la labor literaria de Zweig, es por Mary Baker. Una mujer que estropea su energía y lo somatiza físicamente desde niña con parálisis que ningún médico diagnostica como producto de una enfermedad, sino de una voluntad temible que no quiere plegarse (esto es más disculpable) a las imposiciones de nadie, y por ello tiraniza y destruye las vidas de quienes tiene alrededor.

Hasta que un día uno de los seguidores de Mesmer que ya no trabaja con imanes la recibe y trata, y Mary Baker recibe su peculiar crisis curativa: el huracán humano se ha consolidado y ahora tiene un objetivo, ensalzar y divulgar la ciencia que ella misma ha experimentado, la curación espiritual que ahora le da las fuerzas que no ha utilizado en toda su vida. Si Mesmer no se atrevió jamás a sopesar la influencia de la mente en lo físico, a pesar de que él mismo experimentaba las mejoras físicas de pacientes tratados espiritualmente, y seguía confiando en el valor de la ciencia de Esculapio, esta mujer se lanza al abismo: la enfermedad es una ficción ideada por el alma enferma, no existe físicamente, y como solo existe anímicamente debe tratarse así. La medicina es una farsa, ya que puesto que la enfermedad es producto de la imaginación, el único objeto de la ciencia médica es... crear enfermedad.

Si a Mesmer se le pusieron descortesías habría que imaginar qué no tuvo que escuchar esta mujer (aunque a ella le importaba bien poco). Zweig no hace demasiada sangre y se centra en alguna crítica de Mark Twain o en los ataques de periódicos que no digieren bien cómo siendo el mundo tan irreal, la acumulación de millones de dolares de su movimiento cristiano (que se dedica a formar más sanadores que trabajan como agentes de seguros y no coopera en obra benéfica alguna) es tan tangible. Pero la admiración de Zweig por la voluntad pura, por la fuerza que reside no sabemos muy bien dónde y se utiliza siempre cuando nos sentimos acorralados, se transmite al lector: incluso sus contradicciones más profundas son celebradas, sus mentiras y justificaciones ponderadas desde un punto de vista creativo (Zweig sabe muy bien que hace falta un mayor esfuerzo neuronal para mentir que para asentir), su muerte dignificada.

Finalmente, como si fuera ya la meta alcanzada que se inicia con Mesmer y continúa Mary Baker, la gigantesca figura de Freud se hace una pregunta que tendrá que responder él mismo: ¿cada vez que un individuo histérico alcanza una crisis nosotros nos limitamos a calmarlo? ¿Y por qué no intentamos descubrir las causas de su desequilibrio? Y aquellos señores que siguieron el cauce mesmerista de la sugestión han empezado a utilizar la hipnosis inducida: así que Freud pide cuentas a lo inconsciente de lo que lo consciente no quiere ni mentar. Y casi todas las experiencias le resultan sorprendentes, porque casi todas tienen que ver con anhelos y deseos sexuales reprimidos. Cuando comenta esto con sus colegas advierte que todos le responden con una sonrisita cínica. ¡Ellos lo sabían o lo intuían! Entonces, vuelve a preguntarse, ¿por qué no se quiere estudiar las motivaciones ocultas de la persona? Si Freud hubiera visto lo que se hacía de sus libros en sociedades como la española, donde se prohibían o demonizaban a mediados del siglo XX, hubiera entendido (después su ego lo blindó de tal manera que no necesitó entender nada más) que para los que dirigen una sociedad es vital que el sujeto esté anestesiado y no tenga acceso al conocimiento: no solo de lo que le rodea, sino sobre todo de

sí mismo (y muchas veces saber tanto de lo exterior incapacita para el conocimiento interior y viceversa). Hace unos veinte años un guionista de cómic creó un personaje cuyo poder no residía en la picadura de una araña radiactiva o en su pertenencia a otro planeta: su poder estaba enraizado en la parte inconsciente del cerebro y por ello la mantienen bloqueada y «a salvo de sí misma». Tanto tiempo después de Freud y en un ámbito que se permite tantas veleidades como el del cómic americano... la conclusión sigue siendo parecida a la sonrisita cínica.

Y lo que me ha llamado la atención en las notas del editor, la intervención de la correspondencia Zweig-Freud en la que se muestra tanto de Freud como de Zweig. Einstein leía con pasión a ambos, aunque reconocía «entender menos de Freud de lo que Freud entendía de él». Quizá esto tenía que ver con la necesidad espuria y evidente de encriptar las cosas que decía (como hace descaradamente en *Interpretación de los sueños*) para mantener su hábito de intelectualidad irrefutable ante científicos emergentes como Jung. Einstein tributa un homenaje a Zweig que emociona al escritor hasta el punto de que le dedica el libro a él y no a los personajes en los que se centra su estudio.

Las cosas que dice Freud una vez ha leído el libro de Zweig son alucinantes desde varios puntos de vista:

«Su artículo dedicado a Mesmer me parece correcto y elegante, pienso como usted que la sugestión hasta hoy no ha sido aclarada [o sea, hasta mí] y queda mucho por aclarar; de Mary Baker le diré que no se destacan los asuntos escabrosos y ciertamente escandalosos y desconsoladores del trasfondo social americano. Sobre mí le agradezco que haya usted sabido reconocer lo más importante en mi caso, que respecto a mi capacidad de trabajo no se trata tanto del intelecto como del carácter, pero tengo que objetarle: destaca usted excesivamente el factor pequeñoburgués de mi personalidad; el individuo es algo más complicado, he sacrificado muchas cosas a mi colección de antigüedades grecolatinas y egipcias... he leído más sobre arqueología que sobre psicología, en realidad. No ando desencaminado al suponer que el contenido de la teoría psicoanalítica le era desconocido hasta el momento de redactar el libro, tanto más elogio merece quien desde entonces se haya imbuido tanto de él, pero en dos puntos se le puede criticar: casi nunca menciona la técnica de la libre asociación y me atribuye la interpretación de los sueños a partir de la infancia, lo que es completamente aventurado».

Lo que a mi probablemente erróneo modo de entender significa: yo sondeo las profundidades abisales de mis objetos de estudio con el fin de establecer cuán complejos son, cuán sanos están, cuál es la forma de erradicar un desequilibrio que solo el paciente sabe dónde y cómo se origina y para ello puedo obligar a alguien dormido a escupir sus motivaciones ocultas; pero atención, si se trata de estudiarme a mí y ponerme bajo el microscopio desde una óptica creativa y absolutamente respetuosa hay que tener en cuenta lo complejo que soy, lo que he leído, que he inventado una disciplina nueva, que nadie puede saber más de ella que yo (no parece que nadie se lo rebatiese, ¿quién puede saber más del *Quijote* que Cervantes, salvo probablemente

el gran Francisco Rico?), que lo que entiendo como amabilidad y cortesía con Mesmer y Mary Baker (habría que preguntarles a ellos también) yo me lo tomo como la profanación de un advenedizo en el psicoanálisis que hace un gran esfuerzo, sí, pero que no sabe estar a la altura de la imagen que tengo de mí mismo. Toda esta vanidad queda contestada bondadosamente por el gran escritor en la despedida de Freud:

«Todo lo que ha hecho y anticipado como investigador y guía permanecerá con nosotros en el futuro; una sola cosa nos ha abandonado: el hombre, el excelente e insustituible amigo».

Qué gran pérdida para el siglo XX que en un hotelito perdido en las estribaciones montañosas suizas este gran pensador, este colosal ser humano y su mujer decidieran poner fin a su existencia creyendo que Hitler triunfaría y que los seres con cierto grado de sensibilidad o humanidad ya no tenían cabida en el mundo. Al final sí tomó el camino que el gran Cicerón de sus *Momentos estelares de la humanidad* eludió tantas veces, aunque como el tiempo demostró más bien era la historia nazi la que no tenía cabida en el mundo (aunque sí sus ideas por desgracia) y su despido prematuro fue innecesario (como todos, vaya).